

---

**DOCUMENTO**

---

**Del personalismo a la acción política<sup>1</sup>  
(Conferencia, Bruselas 7-XII-2009)****Herman Van Rompuy**

El 7 de diciembre de 2009, el entonces primer ministro belga, Herman Van Rompuy, en el marco de las "Grandes Conferencias Católicas" de Bruselas pronunció la disertación "Del personalismo a la acción política". El 17 de noviembre de ese año los veintisiete jefes de Estado y de gobierno de la Unión Europea habían elegido a Van Rompuy como primer presidente del Consejo europeo. Nacido en 1947 en Flandes y doctorado en ciencias económicas en la Universidad Católica de Lovaina, Van Rompuy es un pensador político personalista en la línea de M. Scheler, J. Maritain, E. Mounier o P. Ricoeur. En su conferencia trató sobre la importancia del personalismo para fundar y orientar la acción política.

**I. Sin ideales en la política no hay "realpolitik"**

En política a menudo se habla de cifras y no de sueños, de hechos más que de ideas... y sin embargo, la manera de tratar esas cifras y de abordar esas ideas se sostiene en elecciones; en efecto, ejercer la política es siempre elegir entre posibilidades. Si bien las opciones pueden parecer a primera vista objetivas, pero debemos reconocer que un político no basa nunca sus decisiones exclusivamente

---

<sup>1</sup> Traducción del original francés por ARF y JMM, 10-V-2010 a 14-VI-2010. Original en [www.lacroix.fr](http://www.lacroix.fr) y parcialmente en *Notes et documents* del Institut Jacques Maritain, septembre-décembre 2009; existe una versión electrónica de parte de la conferencia, disponible en <http://www.personalismo.org/recursos/articulos/van-rompuy-herman>.

en motivos racionales, pues el político es también un ser humano y el ser humano es más que un ser calculador. En democracia los representantes están en contacto directo con el pueblo que a su vez es sensible a los argumentos racionales e irracionales. Por otra parte, no existe nunca *una* racionalidad, pues en ese caso existiría *la* verdad. Entiendo racionalidad como el esfuerzo de objetivar, de mirar al medio y al último término, de tomar el tiempo de reflexionar y no de seguir los impulsos inmediatos y las pasiones momentáneas, que al fin pueden jugar en contra de nuestros intereses.

“Measures, not men” (medidas, no hombres): así se formulaba el ideal del parlamento británico en el siglo XVIII al intentar objetivar la política. El estadista, y orador de talento, Georges Canning (1770–1827) desechó esta hipótesis al pronunciar estas palabras: *Terminad de una vez con esta cantinela Measures, not men, pues se equivoca al sobrentender que la carreta es tirada por el arnés y no por el caballo. No, si queremos comparar y distinguir, hemos de declarar: las personas son todo, las medidas no son nada en comparación. Así se dijo en las últimas elecciones presidenciales francesas: las personas no se movilizan por las medidas, sino por los valores y el sentido.*

Por otra parte, las medidas no pueden nacer si no son encarnadas en las personas y no se justifican sino cuando están al servicio de las personas. Éstas tienen como fin alcanzar o un resultado preciso o la prevención de una desgracia, lo que sucede con más frecuencia. Las medidas deben significar un progreso para las personas, un progreso real tangible en el mundo cotidiano, no en un paraíso remoto o quimérico. En palabras de Karl Popper:

*Si no queremos que el mundo vuelva a deslizarse hacia las desgracias, debemos abandonar nuestro sueño del mejor de los mundos. Pero esto no debe impedirnos ser los artesanos, aunque modestos, de ese mundo mejor. Debemos responder a la misión sin fin de reducir el sufrimiento, luchar contra el mal evitable, erradicar los abusos, para ello debemos permanecer atentos ante los efectos secundarios que inevitablemente tienen nuestras acciones, que nunca podremos prever del todo y que, con demasiada frecuencia, acabarán ensombreciendo el balance de nuestras mejoras.*

En resumen, la política trata de la felicidad concreta de las personas. La política es lucha por el poder pero también acción al servicio del hombre para ofrecerle oportunidades de felicidad. Por supuesto, la acción política supone una visión del hombre y de la sociedad, es decir, del conjunto de las personas. Por tanto, no concebimos la ‘realpolitik’ sin que exista una ‘idealpolitik’. La política racional se basa también en ideas, aunque es preferible que no sean objeto de publicidad engañosa, pues la comunicación a partir de sentimientos exaltados a menudo

esconde intenciones bastante menos nobles. Por otra parte, los electores confiarán cada vez menos en los partidos, si la brecha entre las ilusiones retóricas y la realidad fáctica no deja de crecer. En su libro, *La condición del hombre moderno*, Hannah Arendt escribe: *El poder se ejerce sólo cuando el acto y las palabras no toman caminos diferentes, donde las palabras no están vacías de sentido y los actos llenos de violencia.*

La acción política puede partir de un proyecto o puede ser guiada por hechos externos a la propia acción política. Sin embargo, los políticos no suelen responder más que cuando están aprisionados por un muro o al borde del abismo –por ejemplo, durante la reciente crisis financiera– lo que puede al final mostrarse positivo: finalmente son siempre los acontecimientos, sean dramáticos o no, los que permiten que las grandes ideas se realicen. Las circunstancias pueden ser una oportunidad. Una buena idea madura merced a las circunstancias.

El canciller Helmut Kohl aprovechó la caída del muro de Berlín para la reunificación de su país. La historia pasaba delante de la puerta. Había que actuar y elegir. En una ocasión preguntaron al primer ministro británico Harold McMillan que era lo que más temía: *Los acontecimientos, amigo, los acontecimientos.* Pues no. Los acontecimientos deben ser algo más que una fatalidad.

Sin embargo, son las circunstancias las que permiten que la opinión pública acepte las ideas políticas. La política debe seguir siendo la interacción entre la ideología o visión y los acontecimientos que jalonan la vida de un país o de un continente. Pues sin ideología y sin visión, el político cambia continuamente de opinión, y se parece a una veleta que ya no muestra la dirección del viento, sino que busca dónde sopla ése. Ya decía el Antiguo Testamento que un pueblo sin visión muere.

Las circunstancias son un desafío para el mundo político, que ha de tomar medidas que sean algo más que simples arreglos. Churchill decía que la diferencia entre un político y un estadista es que un político tiene siempre en mente las próximas elecciones, mientras que un estadista piensa en la próxima generación. Cierto, ¡aunque para continuar gobernando hay que ser elegido! Churchill tenía razón: los gobiernos deben cuidar que la administración de un país no se reduzca sólo a las actividades de un mecánico: reparar los malos funcionamientos, atender el negocio, gestionar las cuentas y mirar por los beneficios.

La política debe ir más allá del concepto de “buen gobierno”, aunque desgraciadamente no deba ser tampoco una fábrica de sueños. La política debe poseer una visión, aunque sin perder de vista sus límites. La política funciona en el mundo

real con todas sus limitaciones. Si la política sale de la realidad, puede llegar a ser peligrosa. Tener una visión es todo lo contrario del Reich milenario o el Estado protector comunista.

Hemos de buscar un equilibrio entre el *realismo político* y el *idealismo ético*. En un mundo lleno de obstáculos, ésta es una misión permanente. Aquel que insiste hasta el exceso en un platillo de la balanza –el *realismo político*– va derecho hacia un pragmatismo vacío de visión. El que se pretende demasiado idealista no alcanza ningún objetivo. La clave está en conciliar lo que Max Weber llamó la “ética de la responsabilidad”, poniendo el acento en la parte realizable de una parte, con la “ética de la convicción” que insiste en el carácter ideal de otra parte.

En muchos casos, la ética de la responsabilidad se impone, entre otras cosas por su opción por el mal menor, que evita lo peor. No puede ser de otra manera en una democracia representativa ya que el proceso de decisión es laborioso. Hay que formar coaliciones, escuchar las voces de la oposición, mantener el diálogo con los interlocutores sociales y los representantes de la sociedad civil. Vivimos en un contexto internacional, europeo y mundial, y para un pequeño país con una economía abierta, esto es un obstáculo importante que limita la acción política autónoma.

El poder está pues repartido entre algunos “partidos y partes” (*partis et parties*, léase, los partidos políticos y partes interesadas). En una democracia, el poder está relativamente limitado y muy dividido. Muchos son los “controles y balances” existentes, y los grupos de presión, así como la mundialización. La política consiste, pues, en pactos, aunque ciertamente hay límites al compromiso. Sin embargo, rechazo el adagio de que el compromiso siempre “comprometa”.

## 2. El hombre y el Estado

A la hora de buscar el acuerdo, es necesario seguir haciéndonos la siguiente pregunta: ¿por qué hacemos todo esto? No sólo para la prosperidad material, sino por la calidad de vida. La democracia es más que la garantía del crecimiento material, incluso en tiempos de crisis como el actual. En su “discurso de Berlín”, pronunciado en marzo de 2009 [los anuales “discursos de Berlín” comenzaron en 1997 y, salvo en dos ocasiones, han sido pronunciados por el presidente federal alemán], el presidente alemán Horst Köhler dijo las siguientes palabras:

*Queremos no sólo ser buenos demócratas, tanto tiempo como tengamos seguridad de que podemos permitirnoslo, sino que rechazamos hacer de la satisfacción y de la solidaridad de nuestra sociedad tributarias de la búsqueda del "siempre más".*

La prosperidad no puede ser nunca un objetivo en sí mismo. La prosperidad es la condición básica para una vida que vaya más allá de los conceptos de fortuna y de poder para convertirse en una vida rica en bienestar y en felicidad. Éste es el motivo por el que la razón y la tecnología son tan esenciales como la emoción y la visión. Para decirlos con palabras de Edgar Morin: *Debemos integrar el amor y la ciencia en una política del hombre total*. Quiero llevar el argumento más lejos: la actual crisis económica tiene su origen en una crisis de valores. El "enriqueceos" de algunos llevó al empobrecimiento de muchos. El reclamo del beneficio por el simple beneficio termina mal. Sin valores, no hay prosperidad.

En ese momento llegamos a la cuestión del papel de la autoridad. Las expectativas que los ciudadanos alimentan sobre la autoridad son con frecuencia contradictorias. Por un lado, éstos esperan una acción enérgica de la autoridad, exigen protección social y entorno habitable; por el contrario, los ciudadanos rechazan con frecuencia dotar a la autoridad con los medios necesarios para llevar a buen fin estas políticas. El Estado debe garantizarlas, aunque a menudo es considerado demasiado complicado en su función administrativa.

La visión personalista de la persona, de la sociedad y de la política permite salir a los ciudadanos de este dilema, al insistir en la libertad tanto como en la responsabilidad, sin esperar todo del Estado. Un Estado no tiene ni la capacidad ni el derecho a jugar el papel de "emprendedor" del "vivir juntos". Incluso un Estado poderoso no puede compensar a base de fondos y de deudas las deficiencias debidas a la negligencia y a la falta de creatividad de los ciudadanos.

Por otra parte, dando demasiada importancia a la autoridad, se corre el riesgo de crear una situación en la que las personas vivan más para sí mismos y transfieren la preocupación por los prójimos a los otros, y en última instancia al Estado. Si esta preocupación deja de ser un deber personal y de la sociedad, y se convierte en un deber exclusivo del Estado, nos deslizamos tranquilamente hacia el Estado del bienestar, que no sólo repartía ampliamente la prosperidad, sino que acaparaba además todas las responsabilidades. Es así como la política moderna se ha encontrado atrapada en una falsa imagen de los ciudadanos, la imagen de alguien que debe ser adulado y al que no hay que recordar los deberes que van emparejados con los derechos. No se trata de reducir el papel del Estado y de la seguridad social en particular; al mismo tiempo, debemos mantener la suficiente solidaridad

“micro” de ayuda mutua entre las personas. Hemos de conservar el sentido del acto gratuito, del voluntariado, de la espontaneidad. Es cuestión de organización de la seguridad y “de incentivos”, aunque también de educación.

El valor más olvidado actualmente es la responsabilidad: sin embargo, uno siempre es responsable ante las otras personas. Este es el verdadero significado de la palabra «responsabilidad».

Por lo tanto cada hombre está llamado a demostrar el espíritu de empresa, de hacer algo por él mismo, para hacer algo de su vida. Esto significa hacer algo por los demás. Por supuesto, cada hombre tiene necesidad de respeto, de amor, de reconocimiento, de desarrollo de sus talentos y sus ambiciones. No somos santos ni héroes, pero debemos ir más allá de nosotros mismos.

### 3. El personalismo

El personalismo hace todo menos negar la importancia del Estado (y de la Política), pero parte de la responsabilidad del ser humano, sujeto no sólo de derechos sino también de deberes. Es esta combinación de libertad y de responsabilidad, de derechos y deberes, la que da forma a la dignidad del hombre. Por otra parte, sin estos valores, las instituciones no se sostendrían. Un Estado sin civismo, sin vida interior, se derrumba, hace implosión. Es la gran conclusión de Tocqueville hace ya dos siglos.

Estoy convencido de que precisamente a causa de este sentido acerca de la dignidad del hombre, el personalismo está a un paso de ser revalorizado, en estos tiempos donde reinan el conocimiento tecnológico y la comprensión científica. En una época donde nos interesamos sobre todo por los derechos de la naturaleza y de las cosas, existe el gran riesgo, en efecto, de reducir al hombre a un conjunto de “pulsiones genéticas”. Algunos incluso pretenden que todo lo que hacemos está guiado por el “instinto de supervivencia de nuestros genes egoístas”. Al contrario, el hombre está llamado, a pesar de todas las contrariedades que puedan surgir, a la libertad y a la responsabilidad en relación con el otro. *El hombre se mide frente a los obstáculos*, decía Saint-Exupéry.

Quien reduce la naturaleza humana al egoísmo priva al hombre de su dignidad, pues niega la potencia de la reflexión ética (ya que son justo el libre albedrío y la ética, los que permiten al hombre elevarse sobre la naturaleza y vencer su egoísmo).

Si se confirmara que dichas leyes son las únicas fuerzas subyacentes en el hombre; que el libre albedrío es en realidad una mentira, y que la ética no es más que la envoltura cosmética de la civilización humana, las pulsiones profundas mancillarían entonces también las fuerzas superiores de la política así como el pensamiento político.

Es un hecho que en la hora del reinado de la tecnología, es tentador reducir la filosofía y el pensamiento político a una simple técnica impersonal. El personalismo quiere que el hombre sobrepase la necesidad. La libertad es una conquista, requiere esfuerzos. La ética y la cultura son una elección.

El personalismo es una filosofía basada en la inalienable dignidad humana y en la prioridad de una representación del hombre en términos de categorías que provienen de la interacción racional entre personas clasificadas en categorías que ven al ser humano como su semejante. Y se trata también más de categorías de sentido que de motivación, de categorías de respeto más que de poder, de categorías de valor más que de eficacia, de categorías de concepto más que de comentarios.

El teólogo y filósofo alemán, Friedrich Schleiermacher en 1799, fue el primero en utilizar el término "personalismo". En 1830, John Henry Newman, entonces todavía clérigo anglicano y más tarde cardenal católico, citó en uno de sus sermones pronunciados en la Universidad de Oxford, el "método de la personación". Su colega, John Grote, de la Universidad de Cambridge, consideró su propia aproximación metafísica como "personalismo". Y poco a poco, se fue desarrollando en toda Europa una tradición personalista: en Alemania con Max Scheler, en Francia con Charles Renouvier y, más tarde, con Emmanuel Mounier, Gabriel Marcel y Jacques Maritain, Paul Ricoeur después y por fin Emmanuel Lévinas.

Aunque estas aproximaciones se distinguen por su singularidad, todas ponen al hombre en el centro, al hombre en tanto que persona, a este hombre que se presenta no como un individuo puramente autónomo sino como un individuo en una relación de solidaridad, el hombre como semejante, el individuo dotado de derechos y deberes, el hombre que se sabe interpelado por el rostro del otro, llamado a servirle y así a construirse, alguien que aprecia su libertad, y, por eso, da prioridad a las libertades. El hombre no es el resultado de la división de un millón por un millón. Cada hombre es único. En el personalismo cristiano es hijo de Dios y nadie se olvida de su hijo.

Estamos, aún más que nuestros padres, apegados a nuestra libertad. Pero, ¿también estamos apegados a las libertades? Si se nos asegura que a nuestros derechos y

a nuestros gestos no se les ponen trabas, quizás estaríamos dispuestos a aceptar a cambio la pérdida de libertades políticas, sociales y económicas. El peligro es que, cegados por la propia libertad, no logremos comprender suficientemente que sin las grandes libertades, se pierde incluso la libertad tradicional. El egoísmo conduce a largo plazo al fin de la democracia. Nuestro sistema político no puede funcionar sin civismo, sin el sentido del otro. Nuestra democracia tiene necesidad de ser sostenida por valores que proceden del interior. Esto es lo que Tocqueville nos enseñó hace ya doscientos años.

Por lo demás, la libertad individual en la esfera privada no puede trasladarse al dominio público sin el sentido comunitario. En efecto, paralelamente a la libertad individual, se imponen los lazos de solidaridad, que permiten al hombre encontrar el equilibrio interno para aumentar sus posibilidades de felicidad. La relación entre la libertad individual y los lazos solidarios elevan el individuo al rango de persona. Esto constituye la gran diferencia entre el individualismo y el personalismo.

*Ningún hombre es una isla, algo completo en sí mismo. Cada hombre es una pieza del continente, una parte del conjunto (Ernest Hemingway, citando a John Donne, s. XVII).*

El sociólogo británico-alemán, Ralph Dahrendorf, muerto hace poco en este año, formuló en términos exactos esta observación: *La historia, el hogar, los prójimos, la fe, son los elementos característicos de los lazos sociales que liberan al individuo del vacío de una sociedad exclusivamente orientada hacia los resultados y la competencia...* No es una casualidad que todos estos lazos sobrepasen al hombre individual, en el sentido original de la palabra "religión"; del verbo latino "religare", que significa "ligarse a (alguien, algo)".

Este capital social se pierde según el gran sociólogo americano Robert Putnam a causa, entre otras razones, tanto del desarrollo tecnológico como de los medios de comunicación. Cada uno delante de su televisor o ante su ordenador ha disminuido sus contactos sociales y familiares. Y nada puede reemplazar la proximidad humana.

Por mucho que los personalistas que hemos citado antes sean muy diferentes, todos comprendían, bajo su imagen personalista del hombre, una trascendencia, una concepción espiritual. O, como resumía el profesor belga Albert Dondeyne (KUL) mentor de la generación de estudiantes flamencos de Lovaina y fundador del círculo Universitas: *la gracia de la fe, que ofrece al hombre una proximidad con Dios, no le separa de la existencia terrena, histórica, sino que le confía una nueva responsabilidad para cada día de la vida y para la historia de la humanidad.*

En el pensamiento personalista, libertad y responsabilidad están ligadas y en equilibrio. La libertad es un bien precioso, un bien que fortalece a los hombres. Pero la libertad no puede llegar a ser en ningún momento un derecho del más fuerte. La libertad no puede ser esgrimida jamás para privar al otro de su libertad. La libertad sin riendas puede conducir a la esclavitud. Conclusión: para proteger la libertad de todos, es decir para hacerla accesible a los otros, la libertad personal debe experimentar sus límites. Hay que ser libre no solamente en el sentido de "liberado", sino también en sentido positivo.

La libertad puede ser canalizada desde el exterior –y, en un cierto sentido, cada Estado está llamado a hacerlo mediante las leyes, por una parte, y mediante los impuestos y las contribuciones a la seguridad social, por otra–, pero debe serlo más todavía desde el interior, mediante la responsabilidad ciudadana y el deber de justificación de cada ciudadano.

En el tercer y cuarto capítulos de su obra *Humanismo integral*, Jacques Maritain apunta esta doble responsabilidad, del Estado por una parte y del ciudadano por otra: el régimen estatal político moderno debe realizar el *bonum commune* con la cooperación de todos los ciudadanos, siempre respetando la libertad de la persona en el marco de ese bien general.

La corresponsabilidad de todos los ciudadanos en el bien común es un pensamiento clave en el personalismo que, después de Jacques Maritain, vio a la persona humana como una naturaleza espiritual dotada de libre elección y, en consecuencia, autónoma por su relación con el mundo.

El aspecto social ocupa un lugar central en el pensamiento personalista sin atentar contra la libertad humana y la libertad de conciencia. El objetivo del orden temporal es el bien común que supera la simple suma de los intereses individuales. Pero ese bien común o *bonum commune* no es tampoco el objetivo último; sino que éste a su vez, está supeditado a lo que Maritain llamó "el bien intemporal" de la persona humana: la adquisición de la libertad y de la perfección moral.

El *bonum commune* temporal es entonces, un fin en sí mismo, en la realidad concreta del Estado y de la sociedad, en las circunstancias concretas del tiempo y del espacio; pero mantiene al mismo tiempo, un carácter de intermediario, subordinado al fin último, la felicidad del hombre. El político no puede hacer felices a las gentes, pero puede contribuir a su felicidad, a ayudarle en su búsqueda de la felicidad.

El pensamiento personalista supone entonces una tensión constante entre, por un lado, la subordinación de la libertad individual del “yo” a la responsabilidad “personal” respecto al “nosotros” y, por otra parte, la prioridad de la vocación personal sobre los objetivos colectivos. Pero este “nosotros” no es anónimo. Parte de la relación “yo” y “tú” (*Ich und Du*, de Buber). Esta tensión no podrá jamás ser eliminada. Esto nos lleva también, sin embargo, a la conclusión siguiente: para el personalismo, el orden temporal no está nunca definitivamente realizado.

Para un personalista, no existe por lo tanto un país guía o un estado modelo. Es consciente de que este ideal no se puede alcanzar, precisamente porque sabe también que los dos motivos de la acción humana son el altruismo y el egoísmo. Altruismo y egoísmo son el tándem que permiten al hombre progresar en los caminos de la vida.

Porque el hombre es débil, la perfección no estará jamás en este mundo. El mundo es entonces perfectible. La búsqueda de la organización social definitiva –del paraíso terrestre– es incluso peligrosa. Quiere obligar al hombre a que llegue a ser lo que no puede y no podrá jamás llegar a ser. *El hombre no es ni ángel ni bestia, y quien quiere hacer de ángel, hace de bestia*, tales son las palabras de Blas Pascal.

Es precisamente el hecho de que el Estado ideal no exista lo que explica que su rol sea a la vez importante y relativo. La política está en todo, pero no todo es política. La política sigue a menudo el paso a la civilización –sobre todo en el seno de una democracia política–, pero la política sólo esporádicamente es generadora de civilización. La política desde luego tiene un rol civilizador...

#### **4. La acción política**

La mayor arrogancia política consiste en creer que podemos crear, a través de la legislación y la reglamentación, una nueva sociedad, una nueva visión social y humana. La ciencia, la economía, la cultura y, a continuación, la globalización de estos tres factores, ejercen más influjo en la civilización y en la sociedad que lo que hace la política.

La política debe permanecer al servicio de la civilización, del hombre y de la sociedad, es decir, de todos los seres humanos como individuos y personas interrelacionadas por múltiples vínculos de solidaridad, de mutuos intereses y de

organizaciones de la sociedad civil – este conjunto que forma la tríada de mercado, Estado y sociedad civil.

Cuando hablamos de política, la mayoría de los autores se refieren implícitamente a la política de la nación–estado. Muchos esquemas son, por supuesto, aplicables a las autoridades europeas, internacionales y mundiales, pero todavía necesitamos pensar mucho esta cuestión. El orden internacional limita la acción de las autoridades nacionales, y al mismo tiempo sólo este orden permite asegurar cada vez más el “*bonum commune*” de la “*humanitas*” en su conjunto. Sabiendo que “toda política es local”: el político no puede actuar si no tiene el apoyo electoral en su país y en un distrito electoral.

El personalismo otorga gran importancia a la familia y a la sociedad civil. En primer lugar porque en el seno de estas auto–organizaciones es el lugar en que el hombre se convierte en una “persona”. Pero también debido a la gran importancia que en una sociedad fragmentada, en realidad una “*contradictio in terminis*”, tienen las asociaciones de personas porque aportan estabilidad. En medio de un accionariado disperso, las asociaciones y organizaciones son como los accionistas de referencia de una empresa cotizada en bolsa. A falta de estructuras suficientemente fuertes entre las autoridades y los ciudadanos, la tendencia se dirige hacia el populismo que lleva, en el mejor de los casos, al inmovilismo y, en el peor, a peligrosas polarizaciones.

Hombres y mujeres que viven de forma aislada, con vínculos escasos o inexistentes, se convierten en personas ansiosas que no ven sino como enemigos a los otros. La soledad refuerza los sentimientos negativos. Un discurso populista es mejor recibido en un medio donde existe esta idea del otro como enemigo. Estoy pensando en *Le rapport de Brodeck* (2007), de Philippe Claudel.

Las autoridades deben animar la auto–organización de los ciudadanos. El punto de partida de una organización personalista consiste en poner el poder al servicio de la sociedad: en la escuela, en el trabajo, en el teatro, en el seno de los hogares, de las asociaciones, iglesias, barrios,... En esos ambientes en que las personas se convierten en ciudadanos dotados de convicciones. Corresponde a las autoridades apoyar en la medida de lo posible ese capital social y familiar, que hoy tanto nos falta.

Por supuesto, la sociedad se ha vuelto más individualista, pero los vínculos sociales siguen existiendo, es más, no cesan de crecer. Cuanto más compleja es la sociedad, las personas deberán contar más para el ejercicio de sus libertades.

Esta solidaridad es especialmente importante en tiempos difíciles, pues en ellos las personas y las instituciones, expuestas al miedo, tienden a dar prioridad al particularismo, lo que se refleja en las siguientes situaciones: en Europa y en cada uno de sus países, aparece el repliegue identitario, así como el egoísmo personal. Por supuesto, todos tienen necesidad de respeto, de reconocimiento de su identidad, de una 'casa', pero en una sociedad enraizada y abierta.

Debemos asegurarnos de que el hombre no tiene miedo y por lo tanto no debe encerrarse en un interés específico o de grupo, interpretado de manera demasiado exclusiva. No debe sentirse excluido tampoco, si está rodeado de justicia y seguridad, de garantías para el futuro, de respeto de los valores fundamentales y, especialmente, de sus semejantes.

El hombre obtiene su dignidad –y su sentido de pertenencia– de su capacidad para integrar las nuevas circunstancias en su vida (y viceversa). Para ofrecer una respuesta responsable a las circunstancias, debe ser distinguido y reconocido por los otros. El hombre sólo puede seguir siendo él mismo si se siente como en su casa, en cualquier parte.

No puede sentirse como en casa en el mundo si no tiene una casa en alguna parte. Para construirse tiene necesidad de lazos sociales y familiares que proporcionan puntos de referencia supraindividuales e interpersonales y que hacen que él mismo se sepa responsable en una medida que puede controlar.

La bipolaridad vocación personal y relaciones interpersonales es la piedra angular del personalismo que ha intentado, de una manera estructurada, articular la acción política en torno a esta visión del hombre. La idea central es que el hombre tiene vínculos múltiples –que son algo más que redes útiles– sin confundirse sin embargo con ellos. El hombre es mucho más que una parte de la colectividad. A través de sus vínculos, el hombre es él mismo y conserva su dignidad personal.

Precisamente porque la identidad personal es mucho más que la identidad de los vínculos que el hombre establece, se puede dar el paso de salir de esas redes y es capaz de abrazar el mundo globalizado. Precisamente porque el hombre no se confunde enteramente con una nación, un pueblo, una cultura o una clase, es por lo que las relaciones humanas no tienen fronteras herméticas, fuera de las cuales no habría más que "extranjeros". Un sentido de pertenencia no puede ser nunca un motivo o razón para ver al otro únicamente como enemigo.

Muy por el contrario, nuestros lazos nos fortalecen con el fin de participar plenamente en la comunidad cosmopolita. La solidaridad con el mundo comienza

con la solidaridad con el propio entorno. La solidaridad universal no puede forjarse más que a partir de una red de enlaces, aquí y allá. Solamente con una solidaridad enraizada en redes más modestas –nacionales, regionales, locales y familiares– llegaremos a dinamizar una solidaridad universal, una solidaridad desde el fondo.

El hombre tiene tres relaciones fundamentales: la relación con uno mismo (el amor propio liberador), la relación de proximidad (los lazos de solidaridad más cercanos) y la relación con otras personas que están lejos (lazos más distantes que invitan a la solidaridad).

En un mundo globalizado, el alcance de los vínculos más distantes no deja de extenderse. La correlación entre la libertad individual y la solidaridad no puede ser conservada más que si los círculos intermedios de la solidaridad siguen intactos, lo que refuerza la responsabilidad de la persona para conectarse con el gran mundo. En el mundo en que vivimos se necesitan hombres y mujeres que confíen en las instituciones. Los anglosajones hablan de “confianza”. Sin confianza se cae en la trampa de la amargura, la angustia. La desconfianza es una fuerza de muerte, ¡no de vida!

Hay dos aspiraciones humanas constitutivas: el deseo de ser y poder ser independientes (la voluntad y el derecho de autorrealización) y el deseo de pertenecer a un grupo (la necesidad de cohesión social). Una síntesis entre los proyectos más individualistas y los más colectivistas, no es un justo medio, sino de algo nuevo que los trasciende.

Para hallar estas aspiraciones, es importante encontrar una nueva escala humana en la globalización. Esta medida implica una cierta reducción de los círculos sociales y económicos, así como una organización de la vida económica y social en círculos concéntricos de responsabilidades graduales. Esta escala humana permite el control de la propia vida y del entorno así como la pertenencia a un grupo determinado y visible. Este es el famoso principio de subsidiariedad: las decisiones deben adoptarse al nivel adecuado, es decir nunca a un nivel más alto que el apropiado, basándose en la idea de que las decisiones deben estar lo más cerca posible de los interesados. Este principio no puede ser invocado sólo para justificar el movimiento hacia abajo sino que también es necesario para justificar el nivel más alto. ¿Cómo abordar todas las cuestiones importantes: la crisis financiera y económica, la crisis climática, la delincuencia, la migración, sin la dimensión europea e internacional?

La subsidiariedad permite la reciprocidad, es decir, que en el conjunto de una sociedad libre y unida, deseosa de crear oportunidades para todos, todo ser humano debe contribuir a la realización de esta sociedad de oportunidades, a cambio de lo que el hombre recibe de la sociedad a través del Estado y de la seguridad social fruto de la solidaridad, éste debe hacer su contribución: derechos y deberes.

Esta contribución es tanto objetiva (mensurable) como subjetiva (ponderable), para tener en cuenta las posibilidades individuales de cada ser humano. Cada individuo contribuye según sus talentos y capacidades físicas y mentales.

Esta reflexión refuerza otro principio de nuestra representación de la sociedad: la emancipación. Al hacer uso de su talento, una persona puede optimizar su contribución expansionándose, emancipándose y realizándose. Mediante el aprovechamiento de sus talentos el hombre se hace merecedor de lo mejor de lo que es capaz. Según 'sus' méritos debe ser recompensado. Todo hombre tiene el deber de usar sus talentos para el bienestar general. El hombre fue creado libre, es decir, debe, como un ser moral, decidir y actuar con inteligencia y responsabilidad para convertirse en dueño de su "destino". La sociedad debe dar la posibilidad de utilizar sus talentos. La igualdad de oportunidades es un principio fundamental.

La meritocracia parte de los talentos (y no de las relaciones), lo que hace de ella una traducción de la utilidad social y económica de otro principio de nuestra civilización, la equidad. Los hombres no son idénticos pero son iguales en tanto que son hombres. Al mismo tiempo, esta equidad sustituye la distribución según el mérito por la distribución según las necesidades evitando el riesgo de la recompensa. Algunas recientes derivas que acabamos de vivir han llevado al mundo al borde del abismo.

## 5. El más allá

El personalismo, sin embargo, parte de la idea de que el respeto a la dignidad humana no se encuentra solamente en el desarrollo del bienestar y en la garantía de los derechos (enfermedad, limitaciones, vejez...). La organización de una sociedad tal, da sentido a la acción política, pero el hombre en tanto que hombre desea igualmente que su vida tenga un sentido.

Este sentido, lo encuentra el hombre mediante un compromiso con algo externo a él mismo (como nos lo enseña la logoterapia de Viktor Frankl): con la trascendencia. El amor es la fuerza trascendente más grande; el amor en toda su multiplicidad

formal “mueve el sol y los astros” (Dante). Fácilmente pensamos que el hombre solo busca su bienestar en el ámbito del placer, en hacer lo que quiere. El hombre está a la búsqueda de sentido. Es la presencia de sentido en su existencia (ser tenido en cuenta, tener una misión) lo que le procura la verdadera felicidad. La felicidad es el resultado de una vida llena de sentido.

Vuelvo a esta idea de trascendencia y de destino. Pero, ¿cuál es nuestro “destino”? Las crónicas mencionan que en 1808, tuvo lugar un encuentro entre el emperador francés Napoleón y el escritor alemán Goethe. En un determinado momento, abordaron el tema del teatro francés, hablando del teatro trágico y del destino. Napoleón dijo entonces bruscamente: “¿Qué visión tenemos hoy del destino? El destino es la política”

En 1921, el empresario y político alemán Walter Rathenau parafraseó y actualizó los propósitos de Napoleón afirmando que: “el destino es la economía”. Para la época contemporánea, Rathenau está probablemente más próximo a la verdad que Napoleón; pero quizás deberíamos interesarnos de la misma manera en la paráfrasis del filósofo y político alemán, Ernst Vollrath en su última obra *Was ist das Politische?* (¿Qué es lo Político?), aparecida en 2003, el año de su muerte. *No, el espíritu es el destino y el destino es espíritu. Pero lo esencial del espíritu es la libertad.*

Este es precisamente el punto de partida del personalismo: el espíritu de libertad, en el sentido preciso de “libertad humana”. Para Jacques Maritain, la libertad es el fin último de la humanización; pero libertad no entendida como libertinaje o como autonomía estrictamente racional, sino más bien como realización de la persona humana en concordancia con su naturaleza, especialmente la culminación en la perfección moral y espiritual. Un hombre o una mujer libre han abandonado la envidia, la mezquindad, el miedo al otro y han elegido la voz del amor. Sabemos que la vida es complicada, pero su camino profundo debiera ser este.

En lo alto de la pirámide, por encima de la política y de la economía, y de todo aquello con que el hombre llena su vida en la tierra, planea la significación espiritual. Y este significado espiritual de la esencia del humanismo –humanizar el mundo por la libertad, la responsabilidad y la solidaridad– debe alimentar nuestra vida entera y nuestra vida social con corazón y espíritu, y llenarla de sentido y de esperanza.

Esto también se aplica a estos tiempos que llamamos difíciles. Como escribió san Agustín: *Somos tiempo. Seamos buenos y los tiempos serán buenos tiempos.*